

los trages hasta que se cuentan el último alfiler, hablan del último sermón del cura Fulano, de las nuevas píldoras del doctor Cetano contra la dispepsia; hasta que anuncian el té, que entonces se consuelan de cuanto han podido sufrir fuera de la cama á tales horas, atestándose el estómago de mas té, café, tortillas calientes y costradas, fruta de sarten, buñuelos, beatillas, bufadas y otras masas, albérchigos en compota, pepinillos en curtido, jamon, pavo, cecina de vaca, almíbar de manzana, y ostras en escabeche, que se prepara jamas en ningun otro pais del mundo conocido. Acabada esta sólida colacion, todo el mundo se vuelve á la sala, donde, á lo que yo he observado, permanecen cuanto pueden, hasta que se levantan *en masa* para echarse de golpe sobre capas, sombreros y chales. Y luego *vanse*.




---



---

## CAPITULO VII.

Mercado. — Museo. — Galería de pinturas. — Academia de bellas artes. — Escuela de dibujo. — Sociedad freneológica. — Lectura de miss Wright.



Quizas lo mas bello de Los-Cincinnati es el mercado, que por su excelencia, abundancia y baratura no cede en mi opinion á otro alguno del mundo, si se exceptua en el artículo de frutas, las cuales son mui inferiores á las que he visto en Europa. No hai por la ciudad carnicerías, pescaderías ni mas tiendas de comestibles que panaderías ó, como allí las llaman, hornos: todo se ha de comprar en el mercado, y para eso la muger de gobierno ha de ir temprano; sino, á pesar de provision tan abundante, se expone á quedarse sin tener que almorzar, comer y cenar el dia que se descuide en ir á la plaza antes de las ocho de la mañana.

La carne de buei es excelente y su precio



mas alto mientras estuvimos allí no excedió de cuatrocientos la libra, es decir: dos peniques de Inglaterra ó menos de un real de vellon de España. El carnero no llega al buei, y la ternera no parece mui buena á la vista, pero es sabrosa aunque sin mucha substancia: el precio poco mas ó menos el mismo. Las aves son excelentes: una gallina grandísima y en estado de ponerse en la mesa no costaba mas de docecientos, y mucho menos si se compraba viva y no tan cebada; los pavos á cincuenta cientos, y á igual precio los patos y gansos. El Ohio produce varias especies de pescado, muchas de ellas mui buenas, y todas se encuentran baratísimas en la plaza. Los huevos, la manteca de vacas y casi todas las legumbres son exquisitas y van á precios razonables. Desde junio hasta diciembre hai tomates maduros (que son el lujo de la cocina americana segun la opinion de los Europeos) y dan un capazo por dos reales. Tienen una gran variedad de habas desconocidas en Inglaterra, particularmente el haba del Perú que condimentan como las habichuelas de Europa. Esta semilla es fecundísima y mui sabrosa: si pudiera aclimatarse en nuestros paises, seria una adquisicion importante. El haba de Windsor ó haba ancha no prueba en aquel clima; Mr. Bullock tenia en su huerta, y las cultivaba con el mayor cuidado; pero

crecian un pie, echaban la flor y nunca maduraba la semilla. Toda la fruta que ví en Cincinnati era miserable. En dos años de residencia no gusté un albrichigo que pudiera comerse. No encontré albaricoques ni fresquillas: las fresas son pequeñísimas, las sangüesas peores que las fresas, las uvas crespas escasas y peores que las fresas y las sangüesas; la grosella la mitad mas menuda que la de Europa y la mitad mas cara; las uvas, agrias hasta para tortas; muchas manzanas, pero ruines, y tales que no se sacarian en Inglaterra para servir los postres de un bodegon; las peras, las cerezas y las ciruelas de las mas miserablemente malas. Las flores son por lo menos igualmente inferiores; no sé si la falta viene de la cultura ó de la calidad del terreno: un caballero que parecia entender de botánica me informó, despues que salimos de Cincinnati, que en el estado de Ohio no se encontraban frutas ni flores indígenas. Los melones de agua que procuran en aquellos climas ardientes un regalo delicioso, son abundantes y baratos; los de las demas especies son inferiores á los de Europa, y aun á los que en Inglaterra se crian en las estufas.

Apura mucho la curiosidad al extrangero el adivinar de dónde llevan la leche al mercado, cuando no hai asomo de pastos en todos los al-



rededores de la poblacion ; nosotros no tardamos en saber que allí se conoce mas de un medio para mantener las vacas. Infinitas familias y particularmente las pobres tienen una, si bien no se acierta á primera vista como se pueden acomodar con ella. Por la mañana y por la tarde, sacan á la puerta de la casa grandes gamellas, y allí les echan maiz cocido : mientras la vaca come, la ordeñan, y cuando la operacion está acabada entran la gamella y la paila de la leche, dejando libre é independiente el animal republicano que puede retozar por aquellas lomas ó bañarse en los arroyos, como mas le pluguiere. En general vienen con puntualidad por mañana y tarde á dar y tomar el almuerzo y la cena ; mas antes de ajustarnos con un carro, nos llevamos el chasco mas de una vez de que nos volvieran nuestro jarro vacío con la triste nueva de « que todavía no « había parecido la vaca, y que ya era dema- « siado tarde para ir á buscar. » Una vez me acuerdo que la buena muger nos dijo : « Me he « dormido y la vaca se ha vuelto á ir, porque « yo espero que no le gusta ir y venir por nada « al pobre animal. »

Cincinato no se puede vanagloriar de poseer muchos leones, pero cuenta dos museos de historia natural, que contienen una rica coleccion de ejemplares. Con especialidad en el de

Mr. Darfeuille se ven reunidas algunas antigüedades indianas de alto interés. Mr. Darfeuille es hombre de gusto y de saber ; sin embargo seria imposible que agradara en las capitales del Norte de América un museo formado segun las reglas. Los habitantes de aquella region tienen la pasion mas extravagante por monigotes de cera, y los dos museos se la disputan á cual presentará mas objetos de este ramo bárbaro del arte. Como para atraer al público no puede contar Mr. Dorfeuille con la ciencia, ha apelado al ingenio, y le ha salido á maravilla. Ha construido un pandemonio en el piso alto del museo y allí ha congregado todas las imágenes de horror que su fecunda imaginacion le ha sugerido : enanos que por medio de resortes se convierten en gigantes á la vista de los espectadores atónitos ; diablillos de ébano que arrojan llamas por los ojos ; reptiles monstruosos devorando juventud y belleza ; lagos de fuego y montañas de nieve ; en una palabra la cera, el pincel y los muelles han hecho y hacen portentos. « A fin de dar al sistema mas « realce, » lo hace ver por medio de una reja de hierro espesa, á cuyas barras estan unidos varios alambres pertenecientes á una máquina eléctrica puesta en la pieza contigua : el que adelanta una mano atrevida ó un pie incauto, recibe un golpe, que suele comunicarse á mu-



chos circunstantes y producir, no conociéndose la causa, efectos excesivamente cómicos: terror, sorpresa, curiosidad, todo está en movimiento y todo contribuye á hacer del «Infierno de Mr. Darfeuille» la muestra mas divertida quecualquiera se puede imaginar.

Tambien hai en Cincinatos una galería de pinturas, circunstancia de mucha importancia para nosotros, pues nuestro amigo Mr. H., que habia acompañado á Miss Wright con la esperanza de hallar ocasion de emplearse en la línea de pintura histórica, pensaba en hacersu primer ensayo en Cincinatos. Seria fastidioso describir la sala llamada galería de pinturas; yo no dudo que dentro de algunos años presentará otro aspecto mui diferente del que tenia cuando nosotros la vimos. Mr. H. fué mui bien acogido por muchos sugetos de la ciudad, y aunque el estado en que halló las bellas artes en ella, le inspiraba poca confianza de obtener un éxito favorable, se ocupó inmediatamente de un cuadro histórico magnífico del desembarco del general Lafayette en Los-Cincinatos.

Quizas pueda sacarse la prueba mas clara de la tibieza con que se miraba entonces la pintura en Cincinatos del resultado que obtuvo el proyecto de un maestro de dibujo aleman establecido en el pueblo. Habiendo concebido el plan de una academia de bellas artes autori-

zada, logró al principio cuanto podia desear, ó segun la expresion del pais lo llenaron hasta los topes. Las primeras subscripciones produjeron tres mil duros, es decir, nombres con guarismos al frente que sumaban esa cantidad, se buscó casa, y en fin se pidió y obtuvo la suprema autorizacion, empadronando en forma los nombres de los miembros, subscriptores, profesores y empleados ú *oficiales*. Tanto pudo el calor de su celo patriótico, pero no fué mas lejos, y yo no he vuelto á oír despues que se hiciera ni aun mencion de la Academia autorizada de bellas artes de Cincinatos.

El mismo Aleman, luego que vió los dibujos de Mr. H., se prendó tanto de ellos que le propuso al instante el que tomara parte en su escuela, ofreciéndole, me parece, quinientos duros al año. Mr. H. aceptó el partido, mas la union duró mui poco, y la causa de la ruptura es demasiado americana para pasarla por alto. Mr. H. preparó sus modelos, y asistió á la clase, que era numerosa y se componia de jóvenes de ambos sexós. Desde su entrada se apercibió que la buena maga llamada disciplina nunca se habia sentado en aquellos bancos: trató de corregir los abusos, reprendió á los discípulos su eterno hablar, les prohibió el correr de una sala á otra; todo fué inútil. Viendo pues que nada podia hacer en ma-



dio de tanto desórden, escribió un reglamento, para fijarlo á la puerta de la academia. Cuando presentó su trabajo al Aleman, este le dijo meneando la cabeza: — «Mucho pien, mucho pien en Europa, pero los góvenes y las señoritas no lleparlo á pien en América; ellos hacer lo que querer: ver reglamentas hoi, andar mañana, y nosotros quedar pien solas. — Y no hareis observar estas reglas *si nécessaires*, Monsieur? — ¡O mon Dieu! no per toto il munto. — *Eh bien*, Monsieur, entonces tendré que dejar bajo vuestra direccion á los jóvenes republicanos.»

Me han contado otra anécdota que da nueva luz para conocer el verdadero estado del arte en el Norte de América por aquel entonces. Mr. Bullock estaba enseñando su preciosa coleccion de grabados á varios caballeros de los mas encopetados, la flor y nata de la ciudad, cuando uno de ellos exclamó: — «¿Y de veras habeis hecho todo esto desde que habeis venido á Cincinatos? ¡Qué tarea debeis haberos dado!

De otro personage del *alto tono* de Cincinatos y conocido por su gusto crítico en las bellas artes, me han referido, que teniendo en la mano una estampa de Hebe y el ave consagrada á Júpiter, preguntó de un modo satírico: «¿Qué es esto?» — «Hebe,» respondió el dueño de la coleccion algo alarmado. —

«¡Hebe!» exclamó con ironía el hombre de gusto, «vaya por Hebe. ¿Y qué diablos tiene que hacer Hebe con el águila americana?»

A poco de estar nosotros en Cincinatos, llegó el doctor Caldwell, que es el Spurzheim de América, y abrió sus conferencias sobre la freneologia. Yo asistí á sus lecturas y me presentaron á él. Ha estudiado con mucha diligencia las obras de Spurzheim y de Combe, y entiende la ciencia á que se ha dedicado; pero ni sus lecturas ni su conversacion participan de aquel encanto que solo comunica la verdadera exaltacion y que hace escuchar tanto tiempo al doctor Spurzheim. Sin embargo las conferencias del doctor Caldwell produjeron un efecto considerable. Al momento de veinte á treinta de los ciudadanos mas eruditos se decidieron á formar una Sociedad Freneológica. Se citó á una junta, y la junta fué numerosa, alistándose un número respetable de subscriptores, cuyas respectivas cuotas se habian de abonar posteriormente. Quedaron elegidos presidente, vicepresidente, tesorero y secretario, disolviéndose la primera reunion con todas las apariencias de una perseverancia enérgica en el estudio de las nuevas descubiertas.

A la segunda junta ya asistió solamente la mitad de aquel cuerpo científico; mas los concurrentes aprovecharon el tiempo, formando



leyes, redactando reglamentos y votando resoluciones con tal prodigalidad que su código, segun decian, hubiera llenado tres volúmenes en-folio.

Llegó el dia de la tercera reunion, dia de la mayor importancia, pues ese mismo debian recaudarse las subscripciones. El tesorero se presentó con toda puntualidad, y hallándose solo, tuvo la paciencia de esperar dos horas, hasta que ya perdida la esperanza de ver á nadie, tomó el partido de irse : asi murió la Sociedad Freneológica de Los-Cincinatos.

Por mi parte he tenido frecuentes ocasiones de notar que el espíritu de empresa y deseo de promover mejoras rara vez han prendido con fuerza suficiente para resistir el efecto mortal de tocarles á sus *dollars*. Los Americanos se contentan con hablar; y si bien para toda grande operacion que promete resultados ventajosos se puede contar con el apoyo seguro de los hombres de empresa y capital, rarísima vez creo que haya quien para lo que solamente ofrece gloria ó mera satisfaccion quiera dar sino « sus mas dulces votos. »

Y acaso hagan bien. En Europa vemos menguarse los caudales por la pasion de estatuas, ó de cuadros, ó de libros, ó de joyas, por todas y cada una de esas necesidades facticias que realzan y adornan la existencia, y cuyos goces

llevan al hombre á que ponga en olvido su condicion de tierra. Mas sabios son y mas prudentes los de la generacion trasatlántica, entre quienes nada he visto yo nunca que los pueda inducir á semejante olvido.

Cuando salió de la ciudad el doctor Caldwell, se presentó en la escena otro personage, que causó la mas violenta sensacion, anunciando que intentaba dirigir al pueblo sus lecturas y por consiguiente darlas en público.

Que una señora rica, de ilustre familia, con una brillante educacion, y que hubiera pasado su juventud en los círculos mas refinados de la vida privada, se presentase en público desempeñando el papel de una lectora popular, debia siempre excitar naturalmente la sorpresa en cualquier pais, y aun el *nihil admirari* del Viejo Mundo apenas se podria sostener delante de un espectáculo igual; pero en América, donde las mugeres viven envueltas en una mortaja de nulidad, produjo solamente la noticia un efecto que difícilmente se acertaria á describir. « Miss Wright de Nashoba va á dar lecturas en la casa del Tribunal » era la frase que sonaba de calle en calle, que se repetia por todas las casas. A mí me sorprendió, pero no lo extrañé : yo conocia su peregrino don de elocuencia; su tesoro inagotable de palabras, y la magia irresistible de su voz sonora y pe-



netrante, y no podia dudar que si ella queria, le sobraban disposiciones para atraerse la atencion y cautivar los aplausos de cualquiera auditorio á que tuviese por conveniente presentarse. Yo deseaba infinito oirla, pero me asustaban, ponderándome la inmensa multitud que se agolparia á verla. Despues de pensarlo bien, y sabiendo que otras muchas damas se determinaban á ir, mi amiga Mistress P\*\*\*\* y yo nos resolvimos á tentar el paso acompañadas de algunos caballeros. La dificultad fué menor de lo que nos la habiamos figurado, aunque el edificio estaba ya lleno; y nos felicitamos de haber tenido arrojo para penetrar en medio del concurso, porque todas nuestras esperanzas no llegaron ni con mucho al esplendor, brillantéz y elocuencia arrebatadora de este orador extraordinario.

El punto sobre que versó su lectura fué la naturaleza del verdadero saber, y poco dijo en ella que prestara objeciones á ninguna secta ó partido. Este primer discurso no era mas que una introduccion para las teorías singulares y terribles contenidas en las siguientes lecturas, sin que pudiese todavía recelarse de su doctrina, á no ser por lo que ya indicaba de que la fábrica de la sabiduría humana no podia estribar en otra base que en la de los conocimientos humanos.

Habia allí no obstante un pasage que repugnaba al sentido comun, á saber: la parte en que cuotaba aquella frase de perniciosa sofistería: — « Todos los hombres han nacido libres é iguales. »

Este axioma tan frívolo como falso, que ha hecho, hace, y hará tanto mal á este bello pais, se debe á Jefferson; y á la verdad la vida del autor fué el glorioso comentario de su pensamiento. No pretendo yo criticar sus escritos, pero la luz natural me basta para declarar falsa esa su máxima predilecta.

Pocos nombres son tenidos en mas alta estimacion en América que el de Jefferson: él es la piedra de toque del partido democrático, y todos convienen en que fué uno de su varones mas ilustres; con todo yo he oido su nombre enlazado con hechos que estremecerian á los hijos de Europa. Los hechos á que aludo, andan en la boca de todo el mundo, y nadie los relata con misterio ni en particular; antes bien en una nacion donde la religion es la conversacion de sobremesa y su rigorosa observancia una distincion elegante, esos hechos se refieren y escuchan sin horror, hasta sin conmocion.

Es pública voz y fama que Mr. Jefferson tenia una caterva de hijos de casi todas sus esclavas que eran numerosas. Estos infelices eran tambien sus esclavos legítimos y como tales



trabajaban en su casa y haciendas, fijando él su placer con especialidad en que ellos le sirvieran á la mesa, y no siendo completas las *orgias* hospitalicias que tanto renombre daban á su Monte-Cielo, si la copa que bebía no se la presentaba la mano trémula de alguno de sus hijos esclavos.

Una vez oí asegurar á un adorador democrático de este hombre grande, que cuando, como solía acontecer, sus hijos habidos de cuarteronas eran bastante blancos para evitar sospechas acerca de su origen, nunca los perseguía si se escapaban, diciendo con gran risa: « Que se escapen los pícaros, si pueden; no seré yo quien se lo estorbaré. » Anécdota referida en una reunion considerable para muestra del natural bueno y generoso de este hombre, y aprobada con una sonrisa universal.

O yo no sé distinguir lo bueno de lo malo, y la virtud y el vicio no son mas que palabras, ó este grande Americano era un tirano inmoral, un libertino sin entrañas de hombre.

Volviendo á Miss Wright, es imposible imaginarse cosa alguna mas imponente que su presencia. Su estatura alta y magestuosa, la expresión penetrante y casi solemne de sus ojos, el contorno simple de su bien formada cabeza, sin mas adorno que sus cabellos naturalmente ensortijados, su vestido de muselina blanca

sencilla, plegado airosamente como la túnica de una estatua griega, todo contribuía á producir un efecto que en nada se parece á cuanto había yo visto antes ni espero volver á ver.

